



1_ Rito cristiano en Jerusalén. Fotografía de Juan Carlos Sánchez de Lamadrid. Europress Fuji Award 2000.

¿CÓMO Y PORQUÉ ESCRIBIR TAN BUENOS LIBROS?

Javier Rodríguez

Ciudad sobre ciudad compendia y resume a la perfección el proyecto filosófico de Eugenio Trías: la filosofía del límite. Para ello, el filósofo y Catedrático de Historia de las Ideas en la Universidad Pompeu Fabra se ha servido de la metáfora de la "ciudad ideal". Dos grandes avenidas principales se cruzan y conforman cuatro barrios en los que se hallan la razón, el arte, la religión y la ética.

Eugenio Trías, *Ciudad sobre ciudad*, Destino, Barcelona, 2001, 320 páginas

En el crepúsculo de su carrera como filósofo, en esa obra testamentaria y futurista que lleva por título *Ecce homo*, Nietzsche se planteó la pregunta imperdible por la calidad, el propósito y el sentido de su propio quehacer, de aquel torrente de palabras e ideas que lo había mantenido errante y en vela durante varias décadas a lo largo y ancho de Europa. Quiso saber entonces a qué se debían la inteligencia y sabiduría que le habían permitido componer tan buenos libros, y así obtuvo como respuesta el más lúcido ejercicio de autocrítica que se haya escrito jamás.

Algo semejante parece haber buscado ahora Eugenio Trías en *Ciudad sobre ciudad*. Arte, religión y ética en el cambio de milenio, al pararse a contemplar el producto de sus muchos años dedicados a la creación filosófica con la distancia de quien ha llegado a una encrucijada y, antes de emprender un nuevo derrotero que no se sabe con certeza adónde ha de llevar, decide echar un vistazo compasivo y satisfecho a lo que deja definitivamente a sus espaldas. Para su sorpresa, dice, aquello que en su momento vio formarse espontáneamente ante sus ojos, sin atenerse a plan alguno fijado de antemano, al final se ha revelado indisolublemente conectado. Antes, cuando su filosofía no era más –pero tampoco menos– que un *work in progress*, esa visión panorámica del conjunto era sencillamente imposible. Ahora que ese proyecto está cumplido, en cambio, es cuando cuadraba ensayar una reconstrucción globalizante de sus ideas.

Con ese propósito ha recurrido Trías a una vieja metáfora de resabios platónicos, recurrente en su obra y muy querida por él: la metáfora de la “ciudad ideal”, con sus barrios, sus arterias y sus murallas infranqueables. Claro que, como advierte el subtítulo del libro, se trata de una ciudad adecuada al cambio de milenio que vivimos. Con lo cual, no cabe pensar ya su inauguración en los términos de una *Ville Radièuse* (fundada desde el espacio separado o metafísico de un plan urbanístico). Ahora se impone pensar la habitación del mundo a semejanza de los modos adoptados por las viejas ciudades europeas, que habilitaron hermenéuticamente nuevos emplazamientos urbanos sobre el sustrato de viejos barrios y callejuelas heredados del pasado. Siguiendo una sugerencia

del último Wittgenstein que compara el lenguaje con una ciudad, Trías imagina su ciudad sobre la base de antiguas ciudades que le sirven de base y modelo. Ciudades no planificadas a priori, compuestas por una diversidad de distritos, barrios o suburbios que, pese a ser diferentes y no estar ordenados en torno a centro privilegiado o metacívico alguno, conservan entre sí cierto aire de familia que los acaba por identificar como una ciudad con personalidad propia. En ese sentido, la ciudad ideal de Trías se reconoce como un todo coherente, pero sólo en cuanto suma reticular de centros que se resisten a perder su condición plural y cambiante, y no permiten que se reduzca su singularidad a ningún origen común o compartido.

Esta ciudad ideal es, así, la ciudad del límite, producto de una razón tan frágil y fronteriza como el habitante de la misma. Y precisamente ese ser del límite, ese habitar en la frontera es el aire de familia que resplandece en todos los barrios de la ciudad: en el de la ontología, en el de la ética, en el de la religión y en el de la estética. Cada uno de estos barrios se corresponde así mismo con las distintas etapas intelectuales (cuajadas en cada caso en excelentes, muy buenos libros) que ha ido cubriendo el filósofo barcelonés. Más allá de ese perfil movido y provisional, sólo queda el resto de un “misterio” inhabitable, desconocido e incognoscible, que no deja nunca de interpelar al habitante de la ciudad en el exceso representativo del símbolo.

Mas tampoco aquí acaba todo. Pues Trías no agota con esta obra ningún periodo, grande o chico, de su singladura intelectual. Es, sencillamente, una estación de paso en la que recuperar el resuello antes de afrontar la tarea titánica de mostrar el vínculo entre esta ciudad ideal y la ciudad real en la que habitamos, vivimos y morimos. Una deriva ético-política que, sin ninguna duda, volverá a ser ocasión para que Eugenio Trías demuestre sus dotes para los buenos libros.

Método y filosofía

A buen seguro, Trías seguirá entonces fiel al método y el estilo que le han granjeado, ya no un lugar propio en la historia de la filosofía española, sino sencillamente un hueco en la

historia de nuestras letras. Pues, ¿está necesariamente reñida la filosofía con la claridad y la pulcritud expresivas? Ciertamente, nadie niega que la filosofía tenga su propio método, modos de argumentación y exposición racionales, que la distinguen tanto de la demostración científica, como de la mera narración literaria. Lo que ya no resulta tan evidente es que esa exigencia de una forma argumental distintiva, que dimana de un contenido temático específico, suponga una renuncia inevitable a la claridad. En no pocas ocasiones, lo que se oculta detrás de ese convencimiento es la flaqueza de quien, a falta de poderse mostrar profundo, se tiene que conformar con ser oscuro.

Lo raro que es que este error lo cometa recurrentemente una disciplina que aprecia tanto la memoria como la filosofía, en cuyas filas han militado pensadores, acaso los más grandes, que han hecho de la claridad condición indispensable y piedra de toque de las buenas ideas. A modo de divisa, habría que recordar que Wittgenstein ordenara en el *Tractatus* guardar silencio sobre todo aquello de lo que no se pueda hablar con claridad. Así como Hegel habló de la infinita paciencia que exige el concepto, ese tiempo y ese discurrir propios sin los que la tarea de la filosofía se perdería en vana y obtusa erudición.

Atento a estas advertencias, Trías ha vuelto a desplegar en *Ciudad sobre ciudad* el buen hacer estilístico y literario que ha caracterizado a su obra desde los inicios. Y, lo que es acaso más importante, sin que esos recursos hayan supuesto en absoluto una merma de la capacidad reflexiva que precisa la tarea del pensar. Con libros como éste, Trías vuelve a reivindicar su parte en la granada tradición ensayística española, en la que nunca hubo conflicto –y así debe seguir siendo– entre la seriedad de los temas y el desparpajo expresivo con el que se abordaban ■